



S. BONIFACIO, O. Y. M.

2. La congregacion de la buena muerte está hoy muy extendida, no solo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino tambien en muchas de España; si la hubiere en el pueblo donde resides, alistate luego en ella, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa mas á todos los fieles, han franqueado los sumos pontifices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que solo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente unos por otros para lograr la gracia de una dichosa muerte. No malogres un medio de tanta importancia y tanto interés tuyo.

DIA CINCO.

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR.

San Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razon el apóstol de Alemania, fué inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pueblecito de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer por el bellissimo natural del niño. Aun no tenia uso de razon, y ya mostraba inclinacion á la vida religiosa; pues antes de cumplir los cinco años todo su gusto era oír hablar de Dios y de la vida penitente que hacian los santos solitarios.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos que se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovechó admirablemente de

esta ocasion que le ofrecia la divina Providencia. Oyóles decir que para ser santo era menester negarse á sí mismo y seguir á Jesucristo; que la vida religiosa era el camino mas seguro para salvarse; y que el mundo era un mar tempestuoso lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrar en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposicion; y como amaba á Winfrido mas que á los otros hijos, se opuso á su intento y le mandó que no dejase la casa de sus padres. Obedeció el santo niño; pero Dios tomó de su cuenta el cumplimiento de su vocacion. Envió una grave enfermedad á su padre, y persuadido este á que era justo castigo por su resistencia á la piadosa resolucion de su hijo, sin esperar á estar bien convallecido convocó á los parientes, y persistiendo Winfrido, á presencia de todos, en la determinacion de ser religioso, se decidió que uno de ellos le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfando vió y reconoció aquel aire modesto y apacible, aquel natural vivo é ingénuo, aquel entendimiento ya formado y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. A vista del fervor con que el santo mancebo abrazó todos los ejercicios de la vida religiosa, le miraron los monjes como un don con que el cielo los habia regalado, pronosticando desde luego que algun dia seria uno de los mas ilustres ornamentos de la Iglesia. Concluidas las pruebas del noviciado, lejos de entibiarse, no teniendo mas que diez á doce años, fué un modelo cabal de religiosa perfeccion. Y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, con una singular inclinacion al estudio, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella, donde florecian las letras mas que en la casa donde

habia tomado el hábito. Allí encontró á un excelente director para la virtud y un hábil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto; y aprovechó tanto en poco tiempo en ambas facultades, que le proponian por dechado á toda la comunidad.

Siendo ya uno de los mas santos y mas sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesia, la retórica, la historia y la filosofia á los monjes, á quienes explicó tambien la sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente y por su no menos singular virtud fué juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y ordenado de presbitero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvacion de las almas, y á instruir á los pueblos por el ministerio de la predicacion.

Estaba escondido este tesoro en la provincia de Winchester, cuando la divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra al tiempo que menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el país de Westfert, donde reinaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de Contúrbel, para informarle del motivo de aquella repentina junta, que era sobre cierto negocio urgente y de la mayor importancia. Propusieron los abades para esta diputacion al presbitero Winfrido; y aprobada por el sinodo la eleccion, desempeñó su comision con tanto acierto, que en adelante fué siempre llamado á todos los sinodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distincion, y resolvió mudar de país é ir á trabajar en la conversion de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intento su abad y los demás monjes; pero convencidos despues de sus razones, no solamente lo aprobaron, sino que

le dieron dos religiosos para que le acompañasen en todos sus viajes.

Habiendo dejado las costas de Inglaterra, donde no hizo especial fruto su predicacion, dió fondo en las de Frisia por los años de 715. Tampoco aquí fué mas dichoso su zelo, sirviéndole de estorbo la guerra que á la sazón estaba encendida entre Carlos Martel, príncipe de los Franceses, y Rabbodo, duque de los Frisones. Pasó á Utrech, capital entonces de la Frisia, y no habiendo podido lograr del duque cosa alguna, se vió precisado á volverse á Inglaterra y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en que deliberar para nombrar á nuestro santo por sucesor suyo; pero jamás hubiera aceptado la abadía, sino tuviera esperanza de renunciarla muy presto, como efectivamente la renunció en manos de Daniel, obispo de Winchester, luego que halló el prelado un sugeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derecha á Roma para echarse á los piés del papa y pedirle le señalase su mision, persuadido á que su primer viaje no habia tenido efecto por no haber precedido esta diligencia de pedir la bendicion de su Santidad. Informado Gregorio II del mérito y de la eminente virtud de nuestro santo por las cartas del obispo de Winchester, le recibió con grandes muestras de estimacion y de benevolencia; tuvo con él largas conversaciones, en las cuales descubrió el fondo de su sabiduría, prudencia y virtud que le constituían uno de los hombres mas grandes y de los mas grandes santos de su siglo.

Declaró al papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversion de los infieles; aprobóselo mucho su Santidad, y dándole todas las facultades y poderes necesarios para su mision, escribió á

todos los príncipes que podian favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico zelo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719; y entrando en Alemania por la Lombardia, se encaminó derechamente á Turingia para echar en ella la primera semilla de la fe de Jesucristo, segun las instrucciones y órden que le habia dado el sumo pontífice. Obró en ellas grandes milagros, no siendo el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del paganismo algunas reliquias de la religion cristiana, que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo á casi toda la Turingia.

Supo entonces que habia muerto el duque Rabbodo, enemigo jurado de la fe de Jesucristo, y partió á Frisia, donde se juntó con san Willefrodo, fundador y primer obispo de la iglesia de Utrech; y cultivó tan dichosamente aquella nueva viña, que en menos de tres años se vió todo el país poblado de cristianos, y los templos de los ídolos convertidos en iglesias. Hallándose san Willefrodo oprimido con el peso de los años y de los trabajos, determinó hacerle su coadjutor; pero apenas oyó Winfrido la proposicion, cuando estremecido y asustado se escapó y se fué á predicar al país de Hese. Detúvose en un lugar que entonces se llamaba Omemburch, y despues se llamó Amelburg; convirtió á dos señores y fundó en él un célebre monasterio. En fin, cediendo todo al maravilloso zelo de nuestro santo, redujo á la fe todo aquel vasto país y llevó la luz del Evangelio hasta el río Elba.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y llegando á los oídos del papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo apóstol. Obedeció este, y partió á Roma despues de haber dado providencia en las necesidades espirituales de aquella

nueva cristiandad; y fué recibido del sumo pontífice con todas las demostraciones de amor y de estimacion que merecian sus grandes servicios y su virtud. Bendijo á Dios por los felicísimos sucesos con que se habia dignado acreditar sus apostólicos trabajos; y considerando el gran bien que resultaria á la Iglesia si un hombre como aquel fuese elevado á la dignidad episcopal, sin dar oídos á su repugnancia ni á sus representaciones, el papa mismo le consagró por obispo el dia de san Andrés de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio.

Colmado de honras y de bendiciones de su Santidad, se restituyó el nuevo obispo á su amada mision, donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Predicó siempre con maravilloso fruto; y administrando el sacramento de la confirmacion á los que habia bautizado, por la gracia y fortaleza que con él se les comunicaba, se renovó el espíritu y el fervor en aquella tierna y recién nacida iglesia. Mandó cortar un árbol tan viejo como extraordinariamente corpulento, que llamaban *la fuerza de Júpiter*, y era ocasion de innumerables supersticiones, cuya madera empleó en la fábrica de una capilla que edificó en honra del apóstol san Pedro. Despues que vió tan floreciente la religion cristiana en el país de Hese y en Sajonia, hizo otro viaje á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de la verdadera virtud; y dejando en ella zelosos predicadores, fué á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demgnio, llamado Eremwulfo, que, mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el país llenándole de groserísimos errores.

Por los negocios de las iglesias se vió precisado á volver tercera vez á Roma el año de 738, donde fué

recibido del papa Gregorio III aun con mayores demostraciones de amor y de estimacion que de su predecesor. Quiso su Santidad que asistiese á un concilio que habia convocado; y despues de haberle oido resolver algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dió licencia para que volviese á continuar su apostólica mision.

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le habia convidado, y donde solo habia un obispo, llamado Vivilon, enviado por Gregorio III, despues de las conversiones que Bonifacio habia hecho. Aumentado el rebaño, fué menester aumentar tambien el número de los pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le habia dado el sumo pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzbouurg, Frisinga y Ratisbona. En la bula, en que el papa confirma la ereccion de estos tres obispados, rinde muchas gracias á Dios, que por su misericordia hizo entrar cien mil almas en el gremio de la Iglesia, siendo su conversion fruto de las fatigas de Bonifacio y de la proteccion con que Carlos Martel le habia favorecido; nombra á nuestro santo legado á latere de la silla apostólica; y le exhorta á que no fije su residencia en algun lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda ella la fe de Jesucristo.

No podia el papa mandarle cosa mas de su gusto. Corrió todo aquel vasto país con infinitos trabajos; pero con un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatacion de su zelo. Erigió otros cuatro obispados, uno en Erfurd para la Turingia; el segundo en Buraburg para el Hese, el que despues se transfirió á Paderbon; el tercero en Eichstad para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg para la Franconia. Poco despues convocó un concilio en el cual se formaron cá-

nonnes muy útiles para la reforma de las costumbres y el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Tantas y tan maravillosas obras necesariamente habian de ser fruto de inmensos trabajos, y es fácil concebir cuánto tendria el santo que padecer en la conversion de tantos pueblos, todavía incultos, indóci-les y bárbaros. Pero nada le parecian los ayunos, las penitencias, las fatigas, mientras sus portentosos trabajos no mereciesen ser coronados con la corona del martirio: *Todo el objeto de mis ansias (escribia á Cuthberto, arzobispo de Conturbel) es derramar mi sangre por la fe de Jesucristo y en defensa del Evangelio. Combatamos por el Señor, pues nos hallamos en tiempos de afliccion. Muramos, si Dios lo quiere, por las leyes de nuestros padres, para llegar con ellos á la herencia eterna. No seamos perros mudos, centinelas dormidos, ó mercenarios, que huyen á vista de los lobos. Seamos pastores cuidadosos y vigilantes, predicando á todos sin excepcion de personas y no lison-jeando al pecador.*

Convocó despues otros dos concilios; uno en Esnes, en el obispado de Cambray, el año 744; y el otro el año siguiente en Soisons, de donde parece inferirse que tambien era legado de la silla apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y á la herejía, fué causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relajados. Aldeberto y Clemente, ambos públicos herejes, ejercitaron mucho su paciencia y su virtud; el primero fué condenado por el concilio de Soisons, y el segundo por el papa Zacarias que sucedió á Gregorio.

Pero los graves negocios de su legacia no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Como iba creciendo la mies fué menester llamar nuevos

obreros, y así hizo venir de Inglaterra muchos santos monjes para gobernar los monasterios que habia fundado. Llamó á las santas Teda, Lioba, Valburga, Vertigita, Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes, fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga y en otras partes. Ni el cuidado pastoral de tantas iglesias le impedia atender á la direccion espiritual de muchas almas particulares, encaminándolas á la mas alta perfeccion. A sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el principe Carlo Magno, duque de los Franceses, que, renunciando las grandezas del mundo, abrazó la vida religiosa, por vacar únicamente al cuidado de su eterna salvacion. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que, siendo reconocido por rey de los Franceses Pipino, hermano segundo de Carlo Magno, quiso ser consagrado por nuestro santo, como lo ejecutó, celebrándose en Soisons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí san Bonifacio, como legado de la silla apostólica, en ninguna parte habia fijado su residencia; pero habiendo vacado en este tiempo la silla episcopal de Maguncia, por haber sido depuesto Gervordo, el papa Zacarias, que no le estimaba menos que sus dos antecesores, le obligó á aceptar esta iglesia, despues de haberla erigido en arzobispal y metropolitana, nombrando por sufragáneos suyos los obispados de Lieja, Utreck, Colonia, Wormes, Spira, Strasburgo, Constancia, Coira, Ausburg, Eichstat, Wutzburg, Erfurd y Boraburg. Pero presto renunció esta dignidad, porque acordándose perpetuamente que estaba dedicado á la conversion de los infieles, no pudo sosegar hasta desembarazarse de ella; y excitándose con nuevo ardor su zelo por la conversion de las naciones del Norte, despues de

haber obtenido licencia del papa Zacarías para renunciar el arzobispado en su discípulo san Lulo, partió para la Frisia septentrional; sirviéndole como de presagio de su muerte el ardiente deseo que tenía del martirio. Dió las providencias convenientes á las iglesias de su legacia, y tomó el camino de las costas mas retiradas de Frisia, acompañado de san Eoban, obispo de Utreck, de tres presbiteros y de cuatro monjes, los cuales todos le ayudaron con tanto zelo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Despues que bautizó un gran número de ellas la vigilia de Pentecostés, señaló un dia de la semana para conferir á todas el sacramento de la confirmacion; y por ser tantas, determinó celebrar esta funcion en el campo. Escogió para esto la llanura de Dukun, cerca del pequeño rio Borda. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse sobre los santos misioneros con las espadas desnudas. Viendo el santo cumplidos sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose despues á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándoles lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dejaron los bárbaros pasar mas adelante, y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eoban, con los tres presbiteros, los tres diáconos, los cuatro monjes y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió san Bonifacio,

apóstol de Alemania, la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el dia cinco de junio del año 754 ó 55, á los 75 de su edad, 36 de su obispado, y á los 40 de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fué conducido á Utreck, de allí dentro de poco tiempo fué trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por san Lulo, obispo, como lo habia deseado el mismo santo. Con él fueron tambien llevados los libros que tenia consigo, y que los gentiles, despues de muerto, habian arrojado por aquellos campos, conservándose todavía tres de ellos el dia de hoy; uno contiene los cánones del nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo mártir, es la carta de san Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres; y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo san Bonifacio, es un libro de los evangelios. Las cartas de san Bonifacio, así á los papas, como á los principes, que recogió y publicó el padre Serario, muestran su gran talento y su fervoroso zelo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Egipto, la fiesta de los santos mártires Marciano, Nicanor, Apolonio y otros que alcanzaron su glorioso martirio durante la persecucion de Galerio Maximiano.

En Perusa, los santos mártires Florencio, Ciriaco y Faustino, que fueron decapitados en la persecucion de Decio.

En Cesarea en Palestina, el martirio de las santas Zenaida, Cira, Valeria y Maria, que llegaron gozosas al martirio por medio de muchísimos tormentos.

En Tiro, san Doroteo, presbítero, que padeció mucho en tiempo de Diocleciano, y llegado hasta los tiempos de Juliano, bajo este tirano honró con el martirio su avanzada edad de ciento y siete años.

Dicho día, san Bonifacio, obispo de Maguncia, quien habiendo ido de Inglaterra á Roma, y sido enviado á Alemania por Gregorio II, para predicar la fe de Jesucristo á aquellos pueblos, mereció ser llamado el apóstol de Germanos, por haber sometido á la fe cristiana innumerable muchedumbre, principalmente entre los Frisones, por último degollado en Frisa por unos Gentiles furiosos, consumó su martirio con Eoban y algunos otros siervos de Dios.

En Córdoba en España, el jóven san Sancho, quien, aunque criado en la corte, no vaciló en padecer martirio por la fe de Jesucristo durante la persecucion de los Arabes.

En Clermont en Auverña, el fallecimiento de san Aliro, obispo.

En dicho lugar, san Genes, conde de Auverña.

En Viena, san Austreberto, obispo.

En San Savino de Lavedan en Bigorra, san Elsiario, monje.

Cerca de Roma, camino de Ardea, santa Felícitas, san Saturnino y otros veinte y tres mártires.

En Como, san Eutiques, obispo, cuyo cuerpo está enterrado debajo del altar mayor de San Georgio de Vic.

En Hese, san Félix de Frisar, monje y mártir.

En Paderborn, el beato Meinveré, obispo.

La misa es del comun de mártir y pontífice, y la oracion la siguiente.

Deus, qui nos beati Bonifacii O Dios, que cada año nos ale-
martyris tui atque pontíficeis, gras con la festividad de tu bie-
annua solemnitate lætificas; naventurado mártir y pontífice

concede propitius, ut cujus natalitia colimus, de ejusdem etiam protectione gaudeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Bonifacio, concédenos que tambien nos regocijemos con la proteccion de aquel, cuyo nacimiento al cielo celebramos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es del cap. 1 de la segunda del apóstol san Pablo á los Corintios.

Frates: Benedictus Deus et Pater Domini nostri Jesu Christi, Pater misericordiarum, et Deus totius consolationis, qui consolatur nos in omni tribulatione nostra: ut possimus et ipsi consolari eos, qui in omni pressura sunt, per exhortationem, qua exhortamur et ipsi à Deo. Quoniam sicut abundant passiones Christi in nobis, ita et per Christum abundat consolatio nostra. Sive autem tribulamur pro vestra exhortatione et salute, sive consolamur pro vestra consolatione, sive exhortamur pro vestra exhortatione et salute, quæ operatur tolerantiam earumdem passionum, quas et nos patimur: ut spes nostra firma sit pro vobis: scientes quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cual quiera afliccion, por el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero y seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo; ó ya seamos exhortados, es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros; sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo seréis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« Informado san Pablo del buen efecto que hania hecho su primera carta á los Corintios, les escribió la segunda, mostrándoles su gozo por el buen estado en que le decian se hallaba aquella iglesia; consuelo que endulzaba los trabajos que padecia para anunciarles el camino de la salvacion, confesando que su fervor le recompensaba bien todas sus fatigas. »

REFLEXIONES.

Bendito sea Dios, Padre de nuestro señor Jesucristo, y Dios de toda consolacion, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Si en el servicio de Dios hay muchos trabajos, tambien hay muchos consuelos; estos se hallan aun en lo mismo que se padece; y cuando Dios nos consuela, perdió toda su amargura la tribulacion. Verdaderamente es digno de admiracion que muchos no acierten á concebir cómo puede hacerse exquisitamente dulce lo mas amargo y mas áspero que se encuentra en su servicio; al mismo tiempo que los esclavos del mundo encuentran no sé qué fantasma de gusto en sus mayores trabajos, aunque los que padecen por servirle sean incomparablemente mayores que los que se experimentan en el servicio de Dios. Sin duda es menester, ó un motivo muy poderoso, ó un atractivo muy fuerte para exponerse á los riesgos de una batalla, de una brecha, ó de un asalto; para padecer las incomodidades que son inevitables en un ejército; trabajos insufribles; marchas fatigosas; puntualidad excesiva; obediencia sin réplica; falta total de todo; rigores de la estacion; inquietudes, enfados, desazones, continuas obligaciones del oficio. No se padece tanto ni con mucho en el

servicio de nuestro buen Dios. Con todo eso, aquellas personas delicadas á quienes un solo dia de ayuno que manda la santa Iglesia las asusta, el nombre solo de penitencia las espanta; esas mismas delicadísimas personas, esos hijos únicos de las casas hallan singular gusto en el ejército, y muchas veces sin esperanza de otra recompensa que la inútil memoria de haber padecido tanto; ¿y no se creerá que los verdaderos siervos de Dios gusten un verdadero, pero delicadísimo placer en el ejercicio mismo de la penitencia; aquellos á quienes el mismo Dios consuela en medio de las tribulaciones; aquellos á quienes fortalece y sostiene en sus mayores trabajos; aquellos que están seguros de que no se perderá ni uno solo de sus cabellos; aquellos, en fin, á quienes Dios tiene prometida una bienaventuranza sin fin, una recompensa eterna? De este fondo de consuelo nace en ellos aquella igualdad inalterable, aquella imperturbable tranquilidad, aquella interior alegría, que ningun humano sentimiento puede desazonar y que absolutamente ignoran los mundanos. Recorre con el pensamiento todos los estados del mundo; ninguno hallarás que no sea una insufrible esclavitud para los que se hallan en él; y en medio de eso todavía se quiere persuadir que solo es penoso el camino de la perfeccion, la vida ajustada y el ejercicio de la virtud. ¡Insigne extravagancia! De donde es preciso concluir que, así como en el mundo solo se sustenta la imaginacion de quimeras, así el entendimiento no acierta á discurrir sino desbarros, fundados en sus disparatadas preocupaciones. Siendo esto así, ¿qué admiracion causará ver reinar en él el desórden y el error?

El evangelio es del cap. 14 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus En aquel tiempo dijo Jesus á
turbis: Si quis venit ad me, et las turbas: Si alguno viene á
non odit patrem suum, et ma- mí, y no aborrece á su padre,

trem, et uxorem, et filios, et fratres, et sorores, adhuc autem et animam suam, non potest meus esse discipulus. Et qui non bajulat crucem suam, et venit post me, non potest meus esse discipulus. Quis enim ex vobis volens turrim ædificare, non prius sedens computat sumptus quinecessarii sunt, si habeat ad perficiendum: ne posteaquam posuerit fundamentum, et non potuerit perficere, omnes qui vident, incipiant illudere ei, diceutes: Quia hic homo cepit ædificare, et non potuit consummare? Aut quis rex iturus committere bellum adversus alium regem, non sedens prius cogitat, si possit cum decem millibus occurrere ei qui cum viginti millibus venit ad se? Alioquin, adhuc illo longe agente, legationem mittens rogat ea quæ pacis sunt. Sic ergo omnis ex vobis, qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus.

MEDITACION.

DE LOS MOTIVOS QUE TENEMOS PARA TRABAJAR INCESANTEMENTE EN EL NEGOCIO DE NUESTRA SALVACION.

PUNTO PRIMERO.

Considera cuánto hizo Dios por nuestra salvacion. Podia parecer que su felicidad dependia de la nues-

tra madre, á su mujer, sus hijos, sus hermanos y sus hermanas, y aun á su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no computa antes despacio los gastos que son necesarios para ver si tiene con qué acabarla, á fin de que, despues de hechos los cimientos, y no pudiendo concluirla, no digan todos los que la vieren: ¿Este hombre comenzó á edificar, y no pudo acabar? O ¿qué rey debiendo ir á campaña contra otro rey, no medita antes con sosiego si puede presentarse con diez mil hombres, al que viene contra él con veinte mil? De otra suerte, aun cuando está muy lejos, le envía embajadores con proposiciones de paz. Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia á todo lo que posee, no puede ser mi discípulo.

tra, segun lo afanado, por decirlo así, y lo ocupado que se muestra en solicitarnos nuestra bienaventuranza. Admira las menudencias á que descende Jesucristo en todas las lecciones que nos da en su sagrado evangelio, singularmente en el de este dia; penetra su sentido, y pondera bien todas las palabras.

Habiendo criado Dios al hombre libre, haciéndole dueño de su corazon; ¿qué no hizo, y qué no hace para que voluntariamente se le entregue? Se le pide, le solicita, le aprieta, sirviéndose ya de promesas, ya de amenazas, nada omite para ganársele. Pero ¿á qué fin tanto empeño, tanto apuro? Es porque pende de nosotros solos el perdernos, y Dios desea apasionadamente nuestra salvacion.

¿Hemos comprendido bien alguna vez el misterio de nuestra redencion? ¿Somos capaces de comprenderle? Echa Dios el resto, digámoslo de esta manera, para hacernos conocer cuánto nos ama, cuánto desea nuestra eterna felicidad: ¿Hubiérase podido jamás imaginar que Dios se hiciese hombre, solo por salvar á los hombres? Con todo eso, obró Dios esta maravilla; y siendo tan grande, todavía le pareció poca para empeñarnos en amarle. Quiso que treinta y tres años de una vida llena de pobreza y de trabajos se terminasen con la muerte mas cruel. ¡Tanto vale nuestra alma; todos los trabajos, toda la sangre, la vida y la muerte de un hombre Dios! A mucho menor precio pudo sin duda comprarla; pero no quiso dar menos. Jesucristo cubierto de oprobios; Jesucristo despedazado á azotes; Jesucristo espirando en un madero; todo esto costó nuestra alma: ¿será poca cosa perderla?

No juzgó Dios que compraba muy cara nuestra salvacion, haciendo todo lo que hizo, ¿y nos parecere á nosotros que hacemos demasiado por ella? Pero ¿quién podrá jamás hácer demasiado para salvarse?